

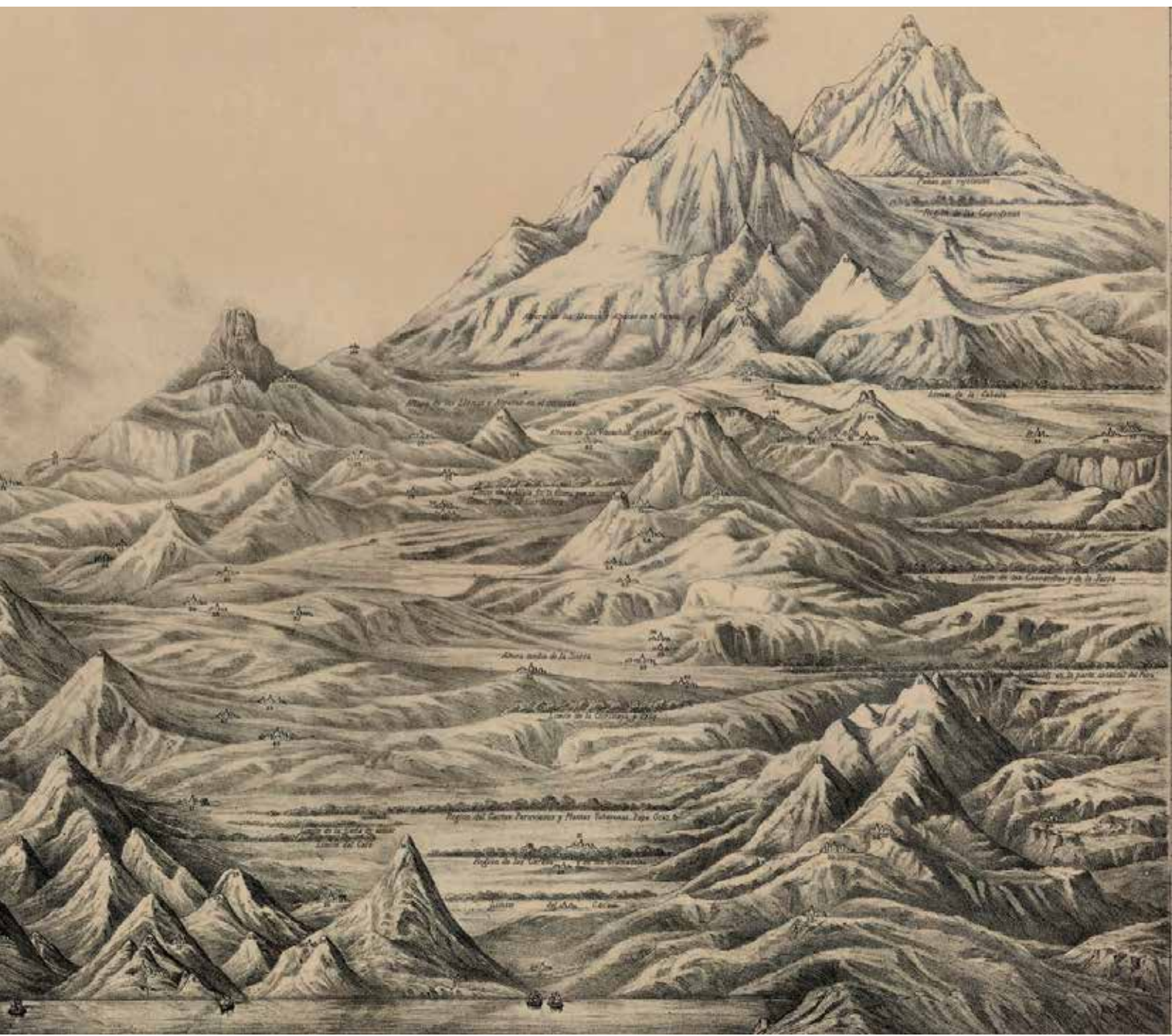
QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 206 10/5/2024

UNA HISTORIA VOLCÁNICA



UNA HISTORIA VOLCÁNICA

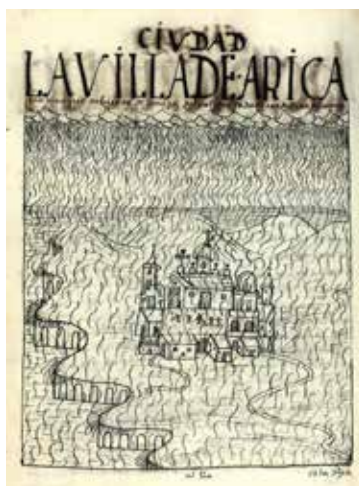
BERNARD LAVALLÉ*

La mayor erupción de un volcán del que hay registro en la historia sudamericana se produjo hace más de cuatros siglos, en la región de Moquegua, al sur del Perú. El llamado Huaynaputina erupcionó y reventó entonces, causando severos estragos en poblaciones y ciudades cercanas, como Arequipa. El texto que sigue indaga acerca de cómo fue percibido allí el temible fenómeno geológico, que debió también contribuir a forjar el carácter de sus pobladores.

A partir del 8 de febrero de 1600 y durante unos diez días, Arequipa, la *Ciudad blanca*, se estremeció con «algunos temblores de poca consideración». La noche del viernes de la primera semana de la Cuaresma «arreció de manera que parecía hervir la tierra y nadie se aseguraba ni atrevía a estar debajo de tejado». Al día siguiente, los temblores se amplificaron y menudearon. Empezaron a derrumbarse las casas. A las cinco de la tarde, oscureció el cielo, mientras de los cerros de Socabaya «salían y se oían terribles y espantosos truenos y relámpagos que duraron hasta la oración», momento en que empezó a caer una «lluvia de ceniza» que duró hasta las once.

El mercedario Martín de Murúa, autor de la *Historia general del Perú*, fue testigo de la catástrofe en la ciudad, todavía muy modesta, pues no llegaba a quinientos hogares. En su capítulo xxii detalla los sucesos que se alargaron varias semanas: repetidas lluvias de cenizas que en pocas horas lo cubrían todo de una capa de dos palmos de espesor y llegaban a hundir con su peso los tejados; confusión de día y noche ya que, por la densidad del humo, el sol pasó a veces cuarenta horas sin aparecer; arroyos que se secaban de repente y volvían a crecer repentinamente, llevándose todo; pérdida de los árboles que «se deshojaron y arruinaron sin quedar cosa en pie».

El 19 de febrero, reventó el volcán Huaynaputina, cerca de Omate, a unos 60 kilómetros al este de la ciudad, en la actual región de Moquegua. En Arequipa, se sintieron continuos y «grandísimos» temblores con sus consecuentes destrozos. La gente llegó a pensar que, «según las señales que había, no parecía cesar la tormenta hasta la última destrucción de la ciudad». En los valles de Vitor y Sihuas, y en los más lejanos de Majes, Camaná, Ocoña y Moquegua, donde el patriciado regional tenía viñas, olivares y cañaverales, la capa de ceniza llegó a unos 40 centímetros. Bajo su peso, se hundieron las bodegas, se rompieron los tinajones de vino y de aceite. Enormes cantidades de polvo y ceniza terminaron deslizándose de las alturas hasta el corazón de los valles, «que parecía avenida de agua y, a modo de una corriente furiosa, discurría por las heredades, llevándose por delante cuanto topaba y enterrándolo todo». Un jesuita del colegio de la ciudad, también testigo presencial, describe prácticamente lo mismo.



Felipe Guaman Poma de Ayala, 1615

PÁNICO Y ANGUSTIAS APOCALÍPTICAS

Esas evocaciones están a cada momento acompañadas de palabras y expresiones reveladoras de lo que experimentaban los arequipeños, del sentimiento que los dominaba y resurgía a cada amenaza de los elementos enfurecidos. El miedo está declinado en sus matices y variantes léxicas más fuertes: «...terribles y espantosos truenos... tanto pavor y espanto... tan prodigiosos y espantables efectos... este día fue de confusión, temor, lágrimas y suspiros... tan horrible y espantosa tempestad... con qué aflicción de espíritu y amargura de corazón, esperando por instantes la muerte... la verdad de lo que pasaba, que

es negocio tenebroso..., los rostros al parecer difuntos del desmayo, miedo y confusión... un ruido ordinario y espantoso... una inundación de ceniza más brava y temerosa... esta desdichada y afligida ciudad... sucedieron cosas monstruosas y notables y casi increíbles».

Ese miedo generalizado fue tan grande que incluso «de asombro murió un hombre». Murúa evoca a protagonistas colectivos, para evidenciar el carácter unánime de lo vivido por los vecinos y de sus reacciones: «... estaba el pueblo con esto confuso y absorto... andaban atónitos los hombres por las calles e iglesias... hubo muchos penitentes... este día se juntó todo el pueblo... las religiones y el común del pueblo... la ciudad vino al convento... recibió el pueblo gran consuelo... la gente se fue a la Compañía... todos andaban olvidados del sustento... todo el pueblo... los vecinos... los pobres conciudadanos de Arequipa». El mercedario solo individualiza a unos soldados, en principio preparados para enfrentar peligros y no ceder al desconcierto general. Cuando todos se preguntaban, aterrorizados, la procedencia de las lluvias de arenilla pues, por estar lejos el Huaynaputina, desconocían el origen del fenómeno, dichos soldados salieron de la ciudad para patrullar. Apenas llegaron al matadero de las afueras, según afirmaron, «vieron unos bultos negros y horribles que les causaron tanto pavor y espanto que, al momento, sin poder pasar más adelante, se volvieron». Esa versión se propaló en seguida y se transformó en rumor aceptado sin criterios («se dijo públicamente en el pueblo»).

Más impresionante que la ceniza y el humo fue el trastorno del día y de la noche: «al instante se volvió a cerrar la cosa más tenebrosa y lóbrega que jamás se vio, porque ni con lumbre se acertaba a andar por las calles ni entrar en las iglesias». Se alteró el ritmo vital: «a las tres de

la tarde oscureció de todo punto, y por no estar el reloj concertado, como no lo andaba nadie, se entendió era de noche y se tañó a oración... no hubo jamás en treinta días uno seguro, porque si alguno amaneció claro y sereno, luego se oscurecía de manera que parecía noche tenebrosa». Esas tinieblas, inquietantes y a deshora, parecían anunciar la muerte y eran relacionadas con el infierno o el final de los tiempos, en una época profundamente impregnada por perspectivas apocalípticas: «muchos imaginaron que los espíritus dél [el infierno] traían aquella oscuridad revuelta con fuego y ruido... todos entendían ser llegado el último día de su vida y aun del mundo».

Otro elemento acrecentó el miedo. Durante semanas se desconoció el origen de las cenizas: «estaba el pueblo con esto confuso y absorto, sin saber de dónde se causaba aquella inundación... no parecía cesar la tormenta hasta la última destrucción de la ciudad, y más hasta que entonces se ignora la causa de tan prodigiosos y espantables efectos... una confusión había general en toda la ciudad y era no poder averiguar con certidumbre la causa de tantos daños y de dónde procedía tan horrible y espantosa tempestad». Ese miedo no tenía pues un motivo conocido, era una angustia colectiva agudizada por la espera confusa y punzante de peligros más temibles por ser imprevisibles. Nada se podía descartar, incluso lo peor. Conocidas son las manifestaciones colectivas ante tales situaciones: desorientación, clima de inseguridad capaz de suscitar mecanismos involutivos, proliferación del imaginario («muchos imaginaron...»), pérdida del espíritu crítico, como lo ha analizado Jean Delumeau en *El miedo en Occidente*. Duró hasta que llegó el corregidor de la provincia del Huaynaputina y por fin reveló el misterio.



Felipe Guaman Poma de Ayala, 1615

detalladamente las procesiones de todas las órdenes, por ejemplo la de santo Domingo: «todo el pueblo con ella y muchos disciplinantes, con gran devoción y lágrimas, y por momentos se hincaban de rodillas, dando voces a Dios y pidiendo misericordia [...] se quedó el pueblo, hombres y mujeres, a velar y dormir en las iglesias, queriendo acabar la vida en ellas».

En su *carta annua* de 1602, los jesuitas revelan que, al finalizar la tormenta, se comisionó al corregidor, a los alcaldes y al vicario episcopal para castigar a los pecadores causantes de todo, pero el padre provincial reconoce que no había servido para mucho («Hízose con esto algo, aunque el demonio pudo tanto con sus seguidores que no hubo lugar de que llegase esto a la cumplida ejecución, como se deseó»).

¿POSIBLES RESPONSABILIDADES INDÍGENAS?

Esas manifestaciones no difieren de las que habían de acompañar los cataclismos sísmicos y eruptivos a lo largo del período virreinal, y no solo en el Perú. Lo original de Murúa es que no descarta la responsabilidad de los pobladores autóctonos («...se infiere que los demonios, como testigos de la desolación de los cinco pueblos donde se usaban grandes supersticiones y hechicerías y donde se presume habrían tenido gran ganancia de almas [...], vendrían hacia Arequipa a ver el fin de aquella tormenta»). Más adelante, insiste sobre las prácticas de los indígenas para conjurar el cataclismo, ofreciendo lanas de colores «a la falda del cerro», colgando y azotando perros, pruebas manifiestas para él de la presencia del diablo entre los nativos todavía no desvinculados de sus antiguas creencias.

El mercedario hace, además, un inciso sobre la «superstición» que corría entre ellos. El Huaynaputina, situado en zona indígena, y el Misti, el volcán que domina la ciudad española de Arequipa, se habrían hecho unas consultas. Aquel habría pedido a este una acción conjunta, pero el Misti «por ser como era cristiano y llamarse Francisco» se habría negado, y «de las palabras y enojos que tuvieron, resultó el de Arequipa darle al otro un encontrón que le hizo reventar». Murúa presenta este cuento como «cosa ridícula», pero esa supuesta fábula dice mucho. Los jesuitas afirman que los indígenas «hablaban con el demonio que les decía las tempestades que había de haber», lo cual supone cierta complicidad. Quince años más tarde, el carmelita Vázquez de Espinosa fue informado, cuando pasó por la ciudad, que «muchos de los indios» hablaban con el demonio y este les habría anunciado que había de reventar el volcán. El fraile dio cuenta también de la recuperación de Arequipa: «Ya ha vuelto sobre sí y está tan pingüe y gruesa, como antes».

* Historiador y peruano francés, profesor de la Universidad de la Sorbona. En 2012, el Gobierno Regional de Arequipa publicó sobre el tema su libro *Miedos terrenales, angustias escatológicas y pánicos en Arequipa a comienzos del siglo XVII*.

Portada: *Cuadro de alturas del Perú* (detalle). En: Mariano Felipe Paz Soldán, *Atlas geográfico del Perú*, París, 1865

TEATRALIZACIÓN COLECTIVA DE LA CATARSIS PENITENCIAL

Para Murúa, y los vecinos, la razón de todo era innegable. Desde el primer párrafo dedicado a Arequipa explica el estado de la ciudad por «la ira y castigo del omnipotente Dios». Prosigue insistiendo en que la destrucción había venido «por azote y plaga enviada de Dios», y termina afirmando «y así parece que la ira del inmenso Dios ha caído sobre aquella ciudad para azote y castigo de los pecados que en ella se cometían». La consecuencia fue, pues, un movimiento penitencial unánime: «Andaban atónitos los hombres por las calles e iglesias, pidiendo confesión, y fue de suerte que la mayor parte de la gente la hizo, y los que quedaron fue por falta de confesores bastantes y hubo personas que hacía más de ocho años que estaban olvidadas de este sacramento y esta noche lo pidieron a él con gran devoción [...], hubo muchos penitentes azotándose por las calles».

El mercedario muestra cómo la Iglesia encauzó el movimiento, legitimó su papel central y dio una explicación para tranquilizar las angustias, proponiendo un exutorio que Delumeau llama «la neurosis colectiva de culpabilidad». Para Murúa, amainaron truenos y relámpagos «por las ocasiones, disciplinas y exorcismos que en todos los monasterios hubo». Cuenta



M. Tovar y A. Herrera, *Batalla de Ayacucho*, óleo (detalle), Caracas, 1890

BICENTENARIO EN LA MEMORIA

La conmemoración el próximo 9 de diciembre del Bicentenario de la Batalla de Ayacucho, que en 1824 puso fin al dominio hispano en el continente americano, dará pie en diversas latitudes a eventos y reflexiones académicas sobre el tema. La serie tiene una primera cita en Madrid, el martes 14 de mayo. La Fundación Universitaria San Pablo CEU, con la colaboración de la Embajada del Perú en España, ha programado para esa fecha una jornada que lleva por título *La pérdida de un continente: Bicentenario de la Batalla de Ayacucho*.

La jornada consta de dos paneles. En el primero, participan el historiador y miembro de la Real Academia de Doctores de España, Emilio de Diego García; el historiador y ex decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú, José de la Puente Brunke, y el historiador y académico de la Real Academia de la Historia, Íñigo Moreno de Arteaga. Integran el segundo panel la profesora titular de Historia de América de la Universidad CEU San Pablo, María Saavedra Inaraja; el decano de Artes Contemporáneas, Ciencias Humanas y Educación de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, Mauricio Novoa Cain, y el peruano Luis Eduardo Wuffarden, notable historiador del arte.

Por cierto, en noviembre de 2018, los cancilleres del Perú y España suscribieron una Declaración Conjunta señalando que la conmemoración del Bicentenario de la Independencia del Perú era «ocasión especialmente propicia para que nuestros países, en el marco de sus excelentes relaciones bilaterales, profundicen sus vínculos con un conjunto de iniciativas». La Declaración, que ponía «especial énfasis en la promoción de las expresiones culturales compartidas y de sus patrimonios históricos», marcaba como punto de partida de esta conmemoración conjunta la participación de nuestro país como invitado en la Feria de Arte Arco Madrid 2019, y se proyectaba hasta diciembre de 2024, Bicentenario de la Batalla de Ayacucho.

Aunque era entonces imposible imaginar la pandemia que se avecinaba, cuyos dramáticos estragos son de sobra conocidos y tanto afectaron a la fecha central de la efeméride, ambos países han venido desarrollando en el último lustro diversas actividades que, sin duda, vienen contribuyendo a una mayor cercanía y una mejor comprensión de sus raíces y perspectivas comunes. La jornada aquí referida forma parte también de ese esfuerzo compartido.

AGENDA

MORRILLO, NARRADOR VIGOROSO

El escritor Juan Morrillo Ganoza (Taurija, La Libertad, 1939) ha publicado una nueva novela, *La rueda de la fortuna* (Pamplona, Editorial Graviola, 2024), en la que, con su reconocido oficio, inserta a sus personajes en las inquietas aguas de la vida social y política del Perú de las últimas décadas, en medio de la exaltación de las pasiones. Juan Morrillo formó parte del grupo *Trilce*, cuando estudiaba en la Universidad Nacional de Trujillo, y ya en Lima, se integró al grupo *Narración*, tras editar su primera colección de cuentos, *Los arrieros*, en 1964. Fue profesor de la Universidad Nacional de Huamanga y de la Universidad Mayor de San Marcos, y en 1978 partió a Pekín, donde laboró en el Instituto de Lengua Extranjeras y residió durante más de tres décadas. En 1993, publicó su segunda colección de cuentos, *Las trampas del diablo*, y, en adelante, ha dado a conocer otros títulos de su valiosa producción literaria, como las novelas *El río que te ha de llevar* (1994), *Memorias de un naufragio* (2009), *Hienas en la niebla* (2010), *La casa vieja* (2014) y *Cenizas en el cielo* (2023).



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe